



# LLAMAS EN EL ALTIPLANO



**H**AY animales que no pueden ser adscritos más que a un preciso paisaje y se hacen intranferibles a otros planos decorativos. Otros, que sólo acomodan su desdibujada figura a un contorno legendario o a una concreta forma estética: el cisne, en el que se adivinan unas presencias mitológicas; el bisonte, cinematográficamente, siempre en manada perseguida.

La llama es, clásicamente, el animal de las alturas. En ellas parece que tuviera que refugiarse siempre la rapacidad o la furia de un animal perseguido. Los altos picos y los rincones de la montaña solicitan la imagen de la guardiadora y de la última defensa. Pero la llama está allí, quieta, grácil, ni perseguida ni expulsada a los últimos riscos, en un campo de nieve o de soledades, como si el paisaje se hubiese configurado en torno suyo o como si a él perteneciese desde siempre. No es como la gacela, tímida y extraviada en el bosque de los leones; la llama señorea, aquietada, mitiga. Es una figura clásica entre las angustiosas planicies o entre las con-

vulsionadas formas de los Andes; por eso gusta verla—como el más puro resalte de la línea— perfilada sobre el Titicaca azul. Es una figura, casi sin gesto, imperturbable a las violencias de la montaña. Atenta, desbordante de instinto, presente toda extraña presencia, cualquier perturbación de la calma, pero no escruta ni avizora: desde dentro siente la transición inquietante. Su paso es ático, regular, premiado con un seguro equilibrio cuando atraviesa las cimas y lleva por ellas, sin riesgo, la carga frágil y preciosa.

La fácil incitación romántica señalaba a la llama como la compañía fiel del indio esclavizado o como un resto viviente de otras épocas de libre vida indígena. Por eso, hace falta una mirada limpia de prejuicios para poder ver a la llama—recua sumisa que atraviesa unas calles de ordenada vida patriarcal—como el animal de laboreo que llena, con su inquieta presencia, época de más confianza social y de más actividades del indio, es—la recua en las ciudades—la oleada bulliciosa que inunda una vida

sentimental y agraria. La llama es la estampa clásica—fina exactitud de líneas—necesaria para un renacer de la sensibilidad nacional. Al presentar una etapa nueva de ordenada configuración social, los pueblos buscan un signo de precisión y equilibrio. No más figuras monolíticas ni deformidades obsesas en la pintura indigenista. Por otro camino va la sobriedad de la llama.

Por eso, la llama no puede ser motivo racista. Ni puede servir de tópico incesante de una literatura cerrada en sí misma, narcisista. Es una calma quietadora en el paisaje y es activo elemento de trabajo en medio de una sociedad unida. Más que testigo mudo de las trágicas vicisitudes del indio, es—la recua en las ciudades—la oleada bulliciosa que inunda una vida

J O R G E S I L E S